

2. Segunda charla: La participación de los ministros ordenados en el sacerdocio de Cristo - Jn 21,15-22

Como una reflexión complementaria a la del sacerdocio común, en esta última etapa de nuestro viaje de meditaciones sobre Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, queremos meditar ahora en el tema de la participación de los ministros ordenados en el sacerdocio de Jesús. Es un tema muy vasto y complejo, que ciertamente no puede tratarse en pocas líneas. A pesar de esto, comenzando como de costumbre en un texto bíblico, queremos ofrecer ideas para solicitar una reflexión personal.

Hasta este punto, ha surgido con gran claridad que el Sumo Sacerdocio de Jesús está íntimamente relacionado con su misterio pascual. En las etapas anteriores, nos enfocamos en los momentos centrales: institución de la Eucaristía, adhesión a la voluntad del Padre en Getsemaní y la ofrenda de la vida de Jesús en la Cruz. Sabemos que el misterio pascual de Jesús, aunque distinto en varias etapas, forma un todo hasta su resurrección y ascensión al cielo.

El pasaje en el que queremos detenernos ahora, tomado del capítulo 21 del Evangelio de San Juan, nos presenta una de las apariciones de Jesús resucitado a Pedro, a las orillas del lago Tiberíades. Los estudiosos dicen que es una adición posterior a los cuentos de la Pascua de San Juan. Pero más allá de esto, deteniéndonos en el texto como nos lo ha dado la tradición eclesial, podemos tomar mucha nutrimiento para reflexionar sobre nuestro tema.

¹⁵ Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». El le respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos». ¹⁶ Le volvió a decir por segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». El le respondió: «Sí, Señor, saber que te quiero». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas». ¹⁷ Le preguntó por tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería, y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas». ¹⁸ Te aseguro que cuando eras joven tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te atará y te llevará a donde no quieras». ¹⁹ De esta manera, indicaba con qué muerte Pedro debía glorificar a Dios. Y después de hablar así, le dijo: «Sígueme». ²⁰ Pedro, volviéndose, vio que lo seguía el discípulo al que Jesús amaba, el mismo que durante la Cena se había reclinado sobre Jesús y le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?». ²¹ Cuando Pedro lo vio, preguntó a Jesús: «Señor, ¿y qué será de este?». ²² Jesús le respondió: «Si yo quiero que él quede hasta mi venida, ¿qué importa? Tú sígueme»

La narración en el v. 15 comienza con una referencia a los versículos anteriores, que cuentan la historia de la comida de pan y pescado ofrecida por Jesús a sus discípulos en la orilla (vv. 12-13), como una referencia clara a la Eucaristía. Ya nos hemos enfocado ampliamente en el significado del Sacerdocio de Cristo y la Eucaristía, pero aquí también parece entenderse cómo el Evangelista no quiere dar solo un detalle logístico. El diálogo entre Jesús y Pedro surge en un clima eucarístico y eclesial. Una expresión famosa fue acuñada por el jesuita francés Henri De Lubac “La Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía”, precisamente para subrayar este vínculo íntimo entre el don de la ofrenda de Jesús y su comunidad, así como entre la misma comunidad y la posibilidad de celebrar este misterio siempre en la historia. El mismo ministerio existe en la Iglesia precisamente porque la Eucaristía puede celebrarse y convertirse en alimento para los fieles. No es casualidad, entonces, que Jesús confie precisamente en un contexto eucarístico este ministerio a Pedro y en él a todos aquellos que reciben el ministerio de función jerárquica en la Iglesia, por lo tanto, obispos y sacerdotes. Ya aquí tenemos un primer elemento importante para reflexionar: no podemos entender exactamente el ministerio ordenado en la Iglesia sin este vínculo esencial con la Eucaristía. Una Iglesia que disminuye el ministerio ordenado, disminuye la Eucaristía misma, así como un ministerio ordenado pensado sin esta relación central y existencial con la Eucaristía, termina distorsionando la verdadera identidad de la Iglesia. No es algo dado por sentido. Tener una visión eclesial del ministerio ordenado siempre significa nuevamente subrayar su profunda conexión con la Eucaristía. ¿Por qué existe el sacerdocio ministerial en la Iglesia? En primer lugar, para realizar in persona Christi este gran evento de la re-presentación sacramental de su ofrenda y mediación. Si pensáramos reducir el sacerdocio a una serie de iniciativas humanitarias y de bienestar sin este vínculo irremplazable con la Eucaristía, estaríamos totalmente fuera del camino. Creo que seguir a Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote, servir y asistir a sus ministros, como una vocación específica de las Siervas Guadalupanas de Cristo Sacerdote, también significa recordar a los sacerdotes y al mundo entero que el elemento central y más importante es la Eucaristía. Las obras de caridad, de servicio a los pobres y lo más mínimo, son siempre fruto de este vínculo radical con el amor de Cristo que nos alcanza a través de su Cuerpo y su Sangre. Madre Chuy lo sabía bien, cuando antes que dar panes y bienes necesarios a los pobres, les invitaba siempre a participar a la Misa de la mañana. Todos pueden hacer obras de caridad, obras sociales de asistencia, pero solo aquellos que son llamados por Cristo para ser su presencia en el mundo pueden celebrar este gran misterio. Se escucha de alguien que pone la Eucaristía en contraste con las obras de caridad, como si dijera que el primer sería un tiempo “perdido”, en comparación con las acciones concretas que se tienen que hacer a los pobres cada día. El hecho de que Jesús confie a Pedro la responsabilidad de la Iglesia después

del banquete eucarístico, nos recuerda exactamente lo contrario. Sin la Eucaristía no puede haberse Iglesia, por lo tanto, ningún ministerio puede tener valor y significado en Ella. Además de basarse en esta centralidad eucarística, la misión de las Siervas también se convierte, en mi opinión, en un estímulo para la oración y el testimonio en la Iglesia, a los obispos, a nosotros los sacerdotes y al mundo entero para poner la ofrenda eucarística de Jesús siempre en el centro. Sin Él, también las obras más bellas y grandiosas serán las mismas que las de cualquier ONG. La Iglesia, sin embargo, como el Papa Francisco nos ha recordado varias veces, no es ni puede ser una ONG, una organización no gubernamental internacional que ofrece servicios de bienestar a la humanidad. Su especificidad es la de traer al mundo a Cristo, cuya mayor presencia y poder se encuentra en la Eucaristía.

Jesús Resucitado, al confiar el ministerio de pastor a Pedro, lo hace mediante de un diálogo totalmente basado en el amor. Conocemos la figura de Pedro, su entusiasmo fácil, su caída miserable en el momento de la prueba con las tres negaciones. El criterio de elegibilidad para ser asumido en el ministerio es identificado por Jesús en su amor. Solo el amor puede superar la traición. Como San Agustín escribe lúcidamente en su famosa página de comentarios sobre este pasaje:

"Se responde a negación triple confesión, para que la lengua sirva al amor no menos que al temor, y no parezca que la muerte inminente ha arrancado más palabras que la Vida presente. Sea oficio del amor apacientar el rebaño del Señor, si fue indicio de temor negar al Pastor" (SAN AUGUSTIN, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, Hom. 123, 5).

La participación en el sacerdocio de Cristo, como mediador y víctima de amor a la humanidad, no puede pasar por otro camino que el del amor mismo. San Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, solía repetir: "*El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús*". Por esta razón, Jesús le pregunta a Pedro si lo ama más que a los demás. El verbo que Jesús usa (*agapao*) indica precisamente un estrecho vínculo de amor, el que excede el nivel normal que une a cada discípulo con el maestro (vers.15a); un amor total y exclusivo, que reproduce la misma fuerza de amor que une a Jesús con el Padre, en el cual se origina el mismo Sacerdocio de Jesús. En la comparación que Jesús ofrece a Pedro en su pregunta: "*¿me amas más que estos?*" (*touton*), me parece que también se puede leer otro sentido. Además de la referencia al amor de Pedro, quien como pastor debe superar el de los otros discípulos, también me parece que se puede comprender la necesidad de la radicalidad. La traducción, de hecho, también podría tener otra versión: "*¿Me amas más que todas estas cosas?*". En esto encontraríamos ese desapego necesario de las cosas y de las situaciones subyacentes a cada vocación apostólica. Para participar plenamente en el misterio del amor de Cristo, el sacerdote no puede estar atado a nada de la tierra que lo

distraiga de este ministerio de servicio total a Dios, a la causa del Reino y a los hermanos.

Jesús pregunta a Pedro con el mismo verbo dos veces. Pedro, sin embargo, no parece comprender completamente el significado de este amor y responde tres veces que lo quiere, usando otro verbo griego (*filéo*), que más que amor designa una relación afectiva simple, como la que une a dos amigos, pero que es mucho más débil que ese amor eterno y sobrenatural que une a Jesús con el Padre. En otras palabras, el amor de Pietro es más débil y más frágil. En la tercera vez, como se ve en el texto original en el vers. 17, Jesús mismo pregunta a Pedro usando el verbo *fileo*, para subrayar casi una reducción de sus reclamos y expectativas de amor por parte de Pedro, adaptándose a sus habilidades limitadas. En este sentido, los Padres de la Iglesia, hablaron de "condescendencia" de Dios. A pesar de esto, Jesús le confía a Pedro el cuidado de su rebaño con convicción tres veces. La fragilidad y la debilidad de la respuesta humana, no pueden invalidar el poder del ministerio. ¡Es una fuerte provocación para cada uno de nosotros también! Una de las enseñanzas y testimonios de la Madre Chuy, su fundadora, que me impresionó más que otros, es su inmenso amor por los sacerdotes tal como eran. El sabía claramente que la perfección no es de este mundo y que nada de la vida de un sacerdote, aunque esté marcado por debilidades e infidelidades, la escandalizó. Siempre pudo ver, más allá del lado humano de la debilidad y el pecado, este ministerio sobrenatural, que hace del sacerdote un "sacramento" de Cristo el Mediador en el mundo. San Pablo nos ofrece una imagen siempre bella y consoladora del ministerio apostólico, también aplicable al sacerdocio:

"Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios. Estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; Siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo, perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Y así aunque vivimos, estamos siempre enfrentando a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2Cor 4,7-11).

Este misterio de la debilidad humana, claramente presente en cada discípulo y cada apóstol, en el Jefe de los Apóstoles, en sus sucesores y en todos aquellos que participan en el sacerdocio eterno de Cristo, cae dentro de los planes de la Providencia. Dios podría haber elegido ángeles como sacerdotes o preparar a los perfectos, en lugar de eso eligió la debilidad humana, para manifestar toda su grandeza. La perfección a la que todos estamos llamados, como ministros y

religiosos bautizados y aún más ordenados, no es, por lo tanto, un punto de inicio, sino de llegada. En un mundo que exige perfeccionismo y quisiera ver en este mundo a la Iglesia de los puros, como discípulos de Cristo, sin bajar el nivel de nuestra tensión a la santidad, siempre debemos recordar que el Único Perfecto es Cristo y que todos, desde el Pontífice, hasta todos los obispos, hasta el último sacerdote ordenado hoy, estamos en el camino de la conversión para alcanzar la perfección, que es el punto de llegada con su gracia. Me gustaría compartir con ustedes una bella composición del Beato Fulton Sheen (1895-1979), que destaca estos elementos de identidad sacerdotal:

*"Sacerdote, quien eres tu?
No eres de ti, porque llegas de nada.
No eres a ti, porque eres mediator hacia Dios.
No eres para ti, porque tienes que vivir solo para Dios.
No eres tuyo, porque eres siervo de todos.
No eres tu, porque eres otro Cristo.
¿Qué eres entonces? Nada y todo,
O sacerdote!"* (nuestra traducion del latin).

Continuando con el diálogo con Pedro, después de aceptar sus declaraciones de bien y confiarle la tarea de pascer a sus hermanos, es decir, estar al servicio de la comunión y la unidad, Jesús subraya otra dimensión: la de seguir hasta el martirio (v. 18-19). El apóstol, por lo tanto, en un sentido amplio, también cada sacerdote, está llamado a seguir a Jesús en el camino de la ofrenda existencial de toda su vida. Ese imperativo "sigueme", por lo tanto, se convierte en una referencia clara al sacerdote en el camino hasta al Calvario. Seguir a Cristo en el sacerdocio significa revivir la dinámica de su propia ofrenda. Pedro y con él muchos testigos antiguos y modernos han podido hacerlo en la ofrenda de sus vidas también mediante del martirio de sangre. Esta entrega total de la vida se realiza en cada ministro de Cristo de una manera cotidiana y existencial, especialmente al vivir la dimensión célibe, como una expresión de un corazón indiviso, totalmente entregado y consagrado a Cristo. Cada bautizado, como ya se ha dicho ampliamente, como miembro del pueblo sacerdotal, está llamado a ofrecer sacrificios espirituales, pero el sacerdote ministerial, por vocación específica, también está llamado a poner toda su vida al servicio de la mediación sacerdotal de Jesús, permitiendo a sus hermanos de recibir la ayuda espiritual necesaria para hacer esta ofrenda diaria. La dimensión del celibato, junto con la de la sobriedad en el uso de los bienes materiales y de las comodidades y la obediencia, contribuyen a asegurar que el sacerdote pueda seguir a Cristo de cerca y pueda dar su plena disponibilidad a la causa del Reino, como Jesús y en Jesús, por el bien de los hermanos. Es claro, por lo tanto, cómo el

sacerdocio ministerial existe al servicio total del otro sacerdocio, el sacerdocio bautismal. El uno no podría existir, ni tener sentido sin el otro. Todavía retomando las expresiones bien conocidas de Lumen Gentium n. 10, sabemos que: “*El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige el pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios*” (LG, 10).

En el diálogo entre Jesús y Pedro, a la luz de lo que se subrayó anteriormente, emergen dos elementos típicos del Sacerdocio de Cristo, que también son totalmente compartidos por el sacerdote-ministro. En la debilidad de Pedro, elegido y habitado por el poder de Cristo, captamos la dimensión de solidaridad y misericordia que Jesús muestra a la humanidad dando su vida, junto con la de docilidad y obediencia. En el apóstol, y por lo tanto también en el sacerdote, como subraya el cardenal Vanhoye, estas dos dimensiones se unen. Cada sacerdote que se deja transformar por el amor de Cristo es solidario con sus hermanos, como Cristo, y es obediente, como Cristo, y se deja llevar a donde quiere (cfr. A. VANHOYE, *Acojamos a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote*, San Pablo, Madrid, 2010, p. 182).

Estas dos dimensiones del sacerdocio de Cristo y del ministerio sacerdotal de aquellos que participan de eso, eso es, la misericordia-solidaridad y la obediencia-docilidad, para aquellos que, como los Siervas guadalupanas quieren compartir y apoyar la vida y el ministerio de los sacerdotes, se convierten en dos actitudes espirituales para ser cultivadas en profundidad. ¿Somos conscientes de que esta mirada misericordiosa y solidaria de Cristo sacerdote hacia la humanidad también debe ser el corazón del ministerio sacerdotal ordenado? ¿Cómo puedo ayudar a los sacerdotes con los que colaboro a aprender esta mirada de Jesús? ¿Tengo yo mismo este aspecto y esta actitud espiritual? Se dice de Jesús que cuando vio a la multitud “*sintió compasión por ellos*” (Mt 14,14). ¿Podemos ayudar a nuestros sacerdotes a tener esta visión de la humanidad? ¿Tenemos nosotros esta mirada compasiva hacia los sacerdotes y hacia nuestros hermanos?

Junto con la mirada solidaria y misericordiosa, ¿podemos decir que nuestro servicio a los sacerdotes es una ayuda para hacerles vivir la obediencia al Padre en plenitud en una verdadera conformación a su voluntad? ¿Cómo ayudamos a crecer con nuestro apoyo en los sacerdotes la virtud de la obediencia a la Palabra, a Cristo y a la Iglesia? Esta obediencia tiene muchas variaciones: fidelidad al Magisterio del Santo Padre y de los Obispos, conformidad con las normas litúrgicas y disciplinarias, disponibilidad para servir dónde y cómo establecen los superiores. Ustedes, como religiosas, están llamadas a vivir todo esto y con su ejemplo, su oración y su coherencia, también para ayudar a los sacerdotes a vivir todo esto con fruto.

En conclusión de la meditación sobre el sacerdocio bautismal, hemos visto cómo eso se cumple junto con las otras dos *munera* de derivación bautismal, que son el *munus* profético y el *munus* real. Específicamente, la configuración de Cristo Sumo Sacerdote creada en los sacerdotes ministeriales también tiene estas tres funciones: la profética, la sacerdotal y la real. Cristo es el Profeta por excelencia, porque no solo lleva la Palabra, sino que él mismo es la Palabra del Padre. Él es Sumo Sacerdote, porque comunica la vida divina a la humanidad. Él es rey porque gobierna su Iglesia en unidad y comunión.

En virtud del sacramento de las órdenes sagradas, con la imposición de las manos del obispo y la oración de consagración, se realiza una verdadera consagración en el hombre bautizado llamado a este ministerio, que mediante de un carácter indeleble lo configura a Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote y le permite actuar en su nombre. En el prefacio de la Misa Crismal que se celebra cada Jueves Santo en todas las Iglesias particulares del mundo, rezamos de la siguiente manera:

*“Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
Que constituyiste a tu único Hijo
Pontífice de la Alianza nueva y eterna
por la unción del Espíritu Santo,
y determinaste, en tu designio salvífico,
perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio.
Él no sólo confiere el honor del sacerdocio real
a todo su pueblo santo,
sino también, con amor de hermano,
elige a hombres de este pueblo,
para que, por la imposición de las manos,
participen de su sagrada misión.
Ellos renuevan en nombre de Cristo
el sacrificio de la redención,
preparan a tus hijos el banquete pascual,
presiden a tu pueblo santo en el amor,
lo alimentan con tu palabra
y lo fortalecen con los sacramentos.
Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti
y por la salvación de los hermanos,
van configurándose a Cristo,
y han de darte así testimonio constante de fidelidad y amor”*
(Prefacio de la Misa del Crisma).

La oración de la Iglesia, como vemos, expresa sobre todo esta relación entre Cristo, Pontífice de la Nueva y eterna Alianza y su Iglesia, que participa en esta dignidad como pueblo sacerdotal. Al mismo tiempo, subraya cómo Dios mismo, con afecto de predilección, es decir, por un solo movimiento de su gracia y decisión misteriosa, llama a algunos a participar también en el “ministerio de salvación”. Está clara la referencia al sacerdocio ministerial, del cual se rechazan todas las prerrogativas específicas. Los sacerdotes están llamados a ejercer el munus sanctificandi, renovando el sacrificio redentor, preparando la mesa de Pascua, es decir, la Eucaristía. El sacerdote, como dijimos antes, está consagrado en primer lugar para celebrar la Eucaristía, en la cual:

“Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo que, con su Carne, por el Espíritu Santo vivificada y vivificante, da vida a los hombres que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con El” (Presbyterorum Ordinis, n. 5).

Junto al ministerio de santificación, con referencia a la Eucaristía y los otros sacramentos, también hay una referencia clara al munus profético, en la expresión “nutrir con la Palabra”. El ministro ordenado, de hecho, participa en la misión apostólica de proclamar el Evangelio de Cristo, partiendo el pan de la Palabra para sus hermanos. Esto ocurre específicamente mediante de la predicación, la catequesis y la enseñanza, es decir, todas aquellas acciones que pueden calificarse como munus docendi (función de enseñanza). En su Evangelio, San Marcos cuenta un detalle del ministerio de Jesús, diciendo: “Cuando se bajó del bote, vio una gran multitud, se compadeció de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas” (Mc 6, 34). Del corazón compasivo y misericordioso de Jesús, el Enviado del Padre, Verdadero Profeta de la humanidad, surge esta función específica en la cual sus ministros son participantes: la de anunciar la Palabra, iluminando las conciencias y los corazones de las personas en la Verdad, que es Cristo mismo. El Concilio explica esta función cuando dice:

“Por tanto, ya lleven a las gentes a glorificar a Dios, observando entre ellos una conducta ejemplar, ya anuncien a los no creyentes el misterio de Cristo, predicándoles abiertamente, ya enseñen el catecismo cristiano o expongan la doctrina de la Iglesia, ya procuren tratar los problemas actuales a la luz de Cristo, es siempre su deber enseñar, no su propia sabiduría, sino la palabra de Dios, e invitar indistintamente a todos a la conversión y a la santidad. Pero la predicación sacerdotal, muy difícil con frecuencia en las actuales

}

circunstancias del mundo, para mover mejor a las almas de los oyentes, debe exponer la palabra de Dios, no sólo de una forma general y abstracta, sino aplicando a circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio” (*Presbyterorum Ordinis*, n. 4).

Incluso ser Rey y Pastor, por Cristo, se comunica a quienes participan en su dignidad sacerdotal a través del sacramento de las órdenes. Resumiendo los obispos, en primer lugar, el sucesor de Pedro, el Santo Padre y todos los sacerdotes, especialmente los que están al cuidado de las almas, reciben el munus gubernandi (función de gobierno). En el Prefacio de la Misa Crismal no parece haber una referencia explícita a esto, pero si leemos cuidadosamente podemos encontrar dos referencias en las expresiones “presiden a tu pueblo santo en el amor” y “al entregar su vida por ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo”. Esta función de guías en la Iglesia no puede tener nada que ver con la visión mundana de autoridad, poder y mando. Es sobre todo un servicio, dirigido como hemos visto, a construir la unidad y la comunión en el pueblo sacerdotal, armonizar sus carismas y guiar a los fieles por el camino del Evangelio y de la salvación. El modelo de autoridad, por lo tanto, es el de Cristo humilde y pobre, que “no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45). El decreto conciliar que habla de la vida y el ministerio de los sacerdotes dice a este respecto:

“En la edificación de la Iglesia los presbíteros deben vivir con todos con exquisita delicadeza, a ejemplo del Señor. Deben comportarse con ellos, no según el beneplácito de los hombres, sino conforme a las exigencias de la doctrina y de la vida cristiana, enseñándoles y amonestándoles como a hijos amadísimos, a tenor de las palabras del apóstol: “Insiste a tiempo y destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanitud y doctrina” (2 Tim., 4, 2). Por lo cual, atañe a los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, el procurar personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó. De poco servirán las ceremonias, por hermosas que sean, o las asociaciones, aunque florecientes, si no se ordenan a formar a los hombres para que consigan la madurez cristiana” (*Presbyterorum Ordinis*, n. 6).

Pasando del plano de la comprensión teológica al más existencial, como Siervas Guadalupanas de Cristo Sacerdote, les invito a preguntarse: ¿Soy consciente de la grandeza del ministerio de sacerdotes que se configura así? ¿Puedo ver, además de los límites humanos, las debilidades y los pecados, la gran dignidad de estos

hombres vestidos de un ministerio tan grande? Me gusta recordar un detalle de la vida de San Francisco de Asís. Tomaso de Celano, su primer biógrafo, escribia sobre él así:

"Él quería mostrar una gran reverencia en las manos del sacerdote, porque se les dio el poder de consagrar este sacramento (la Eucaristía). A menudo decía: "Si me encuentro con un santo del cielo y un pobre sacerdote juntos, primero saludaría al sacerdote y correría a besarle las manos. De hecho, diría: ¡Oh, espera, San Lorenzo, porque sus manos tocan la Palabra de la vida (ver 1 Juan, 1, 1) y tienen poder sobrehumano" (TOMMASO DA CELANO, *Memoriale nel desiderio dell'anima*, p. 201).

¿En su servicio a nosotros los sacerdotes, al apoyar nuestra vida y nuestro ministerio, a la luz de las sugerencias del Concilio Vaticano II, nos ayudan a ejercer bien estas tres funciones: el servicio de la Palabra, el servicio de los sacramentos y el servicio de comunión y unidad? ¿Con humildad y discreción, también tienen el coraje de exhortar y corregir a los sacerdotes, cuando sea necesario, para ayudarlos a vivir estos deberes de su ministerio con dignidad y fruto? Cuando ven los límites de un sacerdote y su superficialidad y negligencia en el ministerio, ¿pueden apoyarlo, ayudarlo y corregirlo con humildad y solidaridad, o simplemente lo critican detrás de él y lo juzgan, sin apoyarlo y ayudarlo a mejorar? ¿Quién más que una hermana como una Sierva Guadalupana puede ayudar a un sacerdote de esta manera?